



Documentos de formación de la
sección española de la IV Internacional

1

¿Qué es...
EL MARXISMO?

¿Qué es el marxismo?

Hace más de 160 años, Karl Marx y Friedrich Engels publicaban el Manifiesto del Partido Comunista (1848)

A propósito del comunismo escribían: *“Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva, y la disolución de las viejas ideas marcha a la par con la disolución de las antiguas condiciones de vida”*. (Marx y Engels, *“El Manifiesto del Partido Comunista”*, en *Obras escogidas*, tomo I, página 128, Moscú, Editorial Progreso). La “idea” comunista no es más que la expresión del hecho de que se dan las condiciones de la lucha por acabar con el capital; las “ideas” no son más que el reflejo de un proceso material que ya está en marcha.

“Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo. Contra este espectro se han conjurado en Santa Alianza todas las potencias de la vieja Europa.” Tales son las primeras líneas del Manifiesto.

En nuestros días se estila mucho afirmar que *“el marxismo ha fracasado”*. Semejante afirmación incluso ha llegado a convertirse en una “verdad oficial” en algunos manuales universitarios para la preparación de oposiciones de profesores de Historia. Muchos supuestos intelectuales y filósofos han publicado incluso miles de páginas asegurándonos (y asegurándose ellos mismos) que el marxismo está muerto y enterrado. Uno de ellos ha llegado a perpetrar un escrito, aplaudido en los salones en los que se pretende “pensar”, titulado *“El fin de la historia”*, en respuesta a la afirmación de Marx y Engels según la cual *“la historia es la historia de la lucha de clases”*.

Esta idea se extiende en la izquierda y en la extrema izquierda, donde se considera que de la obra de Marx y Engels se pueden sacar algunas enseñanzas, como el análisis de los mecanismos capitalistas, pero no las conclusiones en términos de toma del poder político por el proletariado, expropiación del capital y necesidad de un partido de clase, conclusiones formuladas en el *Manifiesto* de 1848. Ya en 1917, escribía Lenin:

“Hoy sucede con la doctrina de Marx lo que más de una vez en la historia ha sucedido con las doctrinas de los pensadores revolucionarios (...). En vida de los grandes revolucionarios, las clases opresoras los recompensan con persecuciones continuas (...). Tras su muerte, intentan convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos por decirlo así (...). Al hacerlo, vacían de contenido sus doctrinas revolucionarias (...). En este modo de recomponer el marxismo coinciden hoy la burguesía y los oportunistas del movimiento obrero.” (Lenin, *El Estado y la Revolución*).

En definitiva, toda esa gente está de acuerdo en considerar el marxismo como una ideología que hay que clasificar como una filosofía más, y como tal estudiarlo.

El **marxismo** no es ni una ideología ni una filosofía, sino un **método de análisis y de acción** para la clase obrera en su combate contra el capital y por el socialismo.

Marx y Engels: de la filosofía al comunismo

Marx (1818-1883) y **Engels** (1820-1895) traban amistad y comienzan a trabajar en común a principios de la década de 1840 colaborando en una revista alemana titulada *La Gaceta Renana* (“*Rheinische Zeitung*”). Se trata de la revista de los “jóvenes hegelianos” o de la “izquierda hegeliana”, unos

jóvenes que quieren aplicar a la sociedad los principios del gran filósofo alemán, **Hegel** (1770-1831); esos círculos son, en Europa, el lugar donde alienta el “espíritu nuevo”. Hay que decir que el propio Hegel aporta una nueva visión para la época. Filósofo y alemán, no por ello acoge menos positivamente la Revolución Francesa, llegando a plantar un árbol de la libertad un domingo de la primavera de 1791 en los alrededores de Tubinga.

Los círculos de la izquierda hegeliana son círculos políticos y demócratas que se ocupan de la sociedad y del derecho. Cada uno por su lado, Marx y Engels colaborarán en esos medios. En 1843, Marx publica una *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, sometiendo el idealismo de Hegel a una severa crítica. Engels, por su parte, enviado a Inglaterra para trabajar en la empresa de su padre, publica un *Estudio crítico sobre la economía política* en el que arremete contra los economistas Ricardo y Smith, que consideran que las leyes del capitalismo son inmutables.

Cuando, en 1844, coinciden en París, Marx y Engels constatan que han llegado, por diferentes vías, a las mismas conclusiones.

Ahí nacerá una colaboración nunca interrumpida. En 1844, publican *La Sagrada Familia*, una virulenta crítica de los filósofos y, en 1845, *La Ideología alemana*, que sienta las bases fundamentales del análisis materialista y dialéctico. Ellos dicen que esta obra les permitió “aclararse ellos mismos”, rompiendo así definitivamente –ruptura ya muy avanzada– con la filosofía. “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.” (*Tesis sobre Feuerbach*, tesis XXI)

Marx y Engels ya han emprendido ese camino. Mantienen relación con círculos obreros y comunistas. Marx participará en las reuniones clandestinas de la “Liga de los Justos”, una organización de artesanos comunistas con ideas revolucionarias, pero confusas. Engels, aprovechando su estancia en Inglaterra, escribe *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, una obra notable en cuanto a la descripción de las consecuencias de la explotación del trabajo.

Esta evolución de Marx y de Engels, alimentada por una extraordinaria correspondencia, es sin lugar a dudas producto del carácter genial de ambos amigos, pero también y sobre todo de la situación que también ha evolucionado.

En efecto, se trata de un período histórico en el que el desarrollo capitalista trae consigo el del proletariado. Éste, de manera instintiva y confusa, intenta defenderse y organizarse frente a la explotación.

Si bien Alemania es el centro de la filosofía y Londres el de la economía política, París es, en esa época, un centro de efervescencia política. Tras las derrotas napoleónicas, el restablecimiento de la monarquía provocó la resistencia de los republicanos y de ahí surgió una izquierda radical y socialista. También existen pequeños grupos socialistas o comunistas, reforzados por la presencia de numerosos refugiados políticos, especialmente alemanes.

Tal es la situación en la que Marx y Engels elaborarán, en 1847-1848, el *Manifiesto del Partido Comunista*.

Lo que ese programa contiene (intereses antagónicos entre burguesía y proletariado; lucha de clases que debe conducir a la toma del poder por el proletariado; necesidad de un partido de clase) quedará verificado por la **nueva situación abierta en Europa en 1848**, viéndose todos los países afectados por procesos revolucionarios.

Pero será en Francia donde se afirme con más fuerza esta nueva situación que se abre en Europa. La incesante lucha entre los republicanos, herederos de 1789, y la monarquía, se expresa una vez más en la Revolución de Febrero de 1848, que derrocará la monarquía de Luis Felipe.

En continuidad con 1789, el bando republicano reúne a burgueses y proletarios. Pero, y ahí radica el alcance internacional de 1848 en Francia, en junio de 1848 se abrirá una nueva fase “en la que el proletariado parisino presentó sus propias reivindicaciones” (Engels).

En nombre del derecho al trabajo, los obreros se sublevan; su movimiento será ahogado en sangre por el aparato militar y policial de la burguesía, abriendo así el camino a la dictadura bonapartista de Napoleón III (1851).

La revolución y la contrarrevolución de 1848 fundan la necesidad del combate organizado de los proletarios contra la burguesía. Marx sacará las lecciones oportunas escribiendo *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*.

A partir de ahí, se abre una situación en la que, en toda Europa, se impone la búsqueda de organizaciones obreras independientes (partidos y sindicatos), que materialicen la oposición entre burgueses y proletarios.

Apoyándose en el *Manifiesto*, Marx y Engels lucharán por la organización independiente del proletariado intentando arrancar a la clase obrera de la influencia de la izquierda republicana radical y socialista, del socialismo pequeñoburgués. La Liga de los Justos adopta el *Manifiesto Comunista*, y se transforma en Liga de los Comunistas. Participando en la dirección de esta organización, Marx y Engels, tras haber participado en los combates en Colonia en 1848, escribirán una circular del Comité Central de la Liga que, en marzo de 1850, establece el objetivo de preparar y organizar “*la revolución permanentemente*”.

Tras una larga labor de contactos, de discusiones con un gran número de grupos socialistas, comunistas y anarquistas, Marx y Engels van a desempeñar un papel determinante en la fundación, en 1864 en Londres, de la **Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT)**, la Primera Internacional obrera.

Nada más lejos de la imagen de dos intelectuales barbudos elaborando un proyecto ideal de sociedad, encerrados en su biblioteca. Por añadidura, escriben:

“Para nosotros, el comunismo no es un estado de cosas que debe implantarse, un ideal al que ha de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual”. (Capítulo I, sección II, apartado 5º. ‘Desarrollo de las fuerzas productivas como premisa material del comunismo’ de *La Ideología alemana*).

Ese movimiento real es el de la lucha de clase del proletariado contra la burguesía. Todas las obras de Marx y Engels tiene un único objetivo: a través del análisis del capitalismo y de la explotación del trabajo, despejar para el proletariado la perspectiva histórica del socialismo, armar a la clase obrera con el programa y la organización revolucionaria necesarios para la emancipación de los trabajadores, que será “obra de los trabajadores mismos”.

Contra todos los que, ayer y hoy, piensan que en el principio era “el verbo”, Marx y Engels retoman la afirmación del *Fausto* de Goethe: “*Im Anfang war es die Tat*” (“*En el principio era la acción!*”).

El materialismo dialéctico

En *Las tres fuentes y las tres partes constitutivas del marxismo* (marzo de 1913; Vid. *Obras escogidas*, 2.ª edición, Editorial Cartago 1974, tomo III), Lenin explica que, en el terreno del pensamiento, esas fuentes son: **la filosofía alemana** (Hegel), **el socialismo francés** (agnóstico e impregnado del materialismo francés del siglo XVIII) y **la economía política inglesa** (Ricardo, Smith). Esas tres fuentes, sometidas a la crítica de Marx y Engels, fueron superadas y transformadas en la elaboración de un método y de un programa por la clase obrera.

Pero Marx y Engels no reniegan de la aportación de Hegel, aun sometiéndola a una dura crítica, en particular de la dialéctica:

“La verdadera significación y el carácter revolucionario de la filosofía hegeliana (...) [estribaba] en que daba al traste para siempre con el carácter definitivo de todos los resultados del pensamiento y de la acción del hombre (...). Ante esta filosofía, no existe nada definitivo, absoluto, consagrado; en todo pone de relieve lo que tiene de perecedero, y no deja en pie más que el proceso ininterrumpido del devenir y del perecer, un ascenso sin fin de lo inferior a lo superior, cuyo mero reflejo en el cerebro pensante es esta misma filosofía”. (F. Engels, “Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana”, páginas 357 y 358 del tomo III de las *Obras escogidas* en tres tomos de Marx y

Engels, Editorial Progreso, Moscú, 1974).

Hegel supone la entrada de la historia en la filosofía. Cree que el objetivo de ésta es explicar el conjunto de fenómenos, no ya en una colación de hechos irracionales, sino poniéndolos en relación unos con otros en una perspectiva de inteligibilidad y racionalidad.

Para hacerlo, Hegel explica: *“Todas las cosas son contradictorias en sí” (La Ciencia de la Lógica)*. Para él, la realidad se constituye de contradicciones que engendran necesariamente su transformación y su devenir. La contradicción (afirmación y negación de la afirmación) no es “negativa”, puesto que la negación de la afirmación desemboca en *“un concepto nuevo, pero más elevado, más rico que el anterior puesto que se ha enriquecido con su negación o con su opuesto. Así pues, contiene más que él, porque es la unidad de sí mismo y de su opuesto.” (La Ciencia de la Lógica)*.

Recuperando la aportación de los filósofos griegos de la antigüedad (Heráclito, Aristóteles...), Hegel define así la dialéctica, con la contradicción en su meollo, a saber, la afirmación, después la negación de la afirmación desembocando en una tercera etapa, la negación de la negación¹.

Por consiguiente, para que **A** cambie, debe convertirse en otra cosa; deja de ser idéntico a sí mismo para convertirse en otra cosa: **no-A**, opuesto de **A**, superándose a sí mismo.

La transformación es negar en cierto modo lo que se era, convertirse en cierto modo en lo contrario, sin dejar de ser **A** bajo otro aspecto. El cambio continúa, negando a la vez **A** y **no-A**, suprimiéndolos y conservándolos en una unidad superior.

Tomemos un ejemplo concreto: si calentamos agua, ésta evoluciona primero gradualmente, **cuantitativamente**, se convierte en agua cada vez más caliente (*es un cambio de cantidad no de cualidad*). Pero si seguimos calentándola, se acumulan las contradicciones internas, hierve y se convierte en un gas. Es un cambio **cualitativo** (*la cantidad se torna en cualidad*) y sin embargo sigue siendo el mismo cuerpo químico, moléculas compuestas de dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. Si la calentamos aún más, los átomos de oxígeno y de hidrógeno se separan, luego cada átomo pierde sus electrones, el gas se convierte en un plasma, etc. A la inversa, si la temperatura del agua se enfría progresivamente, el agua se modifica de un estado líquido a un estado sólido, el hielo.

A se convierte en no-A, luego, ambos son negados y superados, aunque englobados en un tercer término, por ejemplo B, que a su vez... **Un movimiento contradictorio perpetuo**, esto es, aplicado a un ejemplo químico, la negación de la negación. La negación de lo que es, el paso a un estadio superior que suprime ambos términos a la vez. Es la transformación de la cantidad en calidad, pero también de la calidad en cantidad.

Tales son las leyes fundamentales de la dialéctica hegeliana. Pero, para Marx y Engels, esas leyes no se limitan al ámbito de las ideas, sino que deben aplicarse a los fenómenos reales en la naturaleza (es decir, a las relaciones del hombre y la naturaleza) y la sociedad (es decir, en la lucha de clases). Comenzando por lo siguiente: ningún régimen social es inmutable o eterno...

Si la aportación de Hegel es fundamental contra el pensamiento metafísico que considera la realidad como algo fijo e inmutable, no por ello deja de ser cierto que el proceso dialéctico hegeliano opera únicamente en la esfera de las ideas. En ese sentido hay que entender la famosa fórmula de Hegel *“todo lo real es racional; todo lo racional es real”*.

“Todo lo real es racional” significa que toda realidad es una manifestación temporal de la razón en un estadio de su desarrollo dialéctico. *“Todo lo racional es real”* quiere decir que toda manifestación verdadera de la razón acaba por manifestarse en la realidad. Se trata de una concepción idealista del mundo, es decir, un mundo en el que las ideas determinarían lo real, siendo así que para Hegel, *“la historia es la imagen y el acto de la razón” (Introducción a la filosofía de la historia)*. Es ese reino de la “razón”, de las “ideas, el que Marx y Engels combaten. Marx escribe:

“Mi método dialéctico no sólo difiere del de Hegel en cuanto a sus fundamentos, sino que es su an-

1.- Y no la síntesis como muy a menudo se la presenta, que significaría una vía intermedia de compromiso y un acabamiento ideal, mientras que para Hegel es un movimiento dialéctico perpetuo.

títesis directa. Para Hegel el proceso del pensar, al que convierte incluso, bajo el nombre de «idea», en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real; lo real no es más que su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material transpuesto y traducido en la mente humana". (Epílogo de la 2ª. edición alemana de *El Capital* [1873]; páginas 19 y 20 del volumen 1º. de la edición de Pedro Scaron, Mexico, Siglo XXI editores, 1975).

Para Marx y Engels la "Idea" no se encarna en la realidad; es la misma realidad objetiva –independientemente de la consciencia que de ello tengan los hombres–, hecha de contradicciones, la que genera su propio devenir. Para el marxismo, primero es la **materia** en devenir, y segundo el **pensamiento** intentando explicar ese fenómeno.

Marx y Engels, en oposición a Hegel, quieren restablece los términos entre "real" y "racional"; para ello, hay que dar la vuelta a la dialéctica hegeliana que descansa "sobre la cabeza (y) ponerla sobre los pies". Tal es el fundamento del **materialismo dialéctico**.

León Trotsky escribe: "Llamamos materialista a nuestra dialéctica, porque sus raíces no están ni en los cielos, ni en las profundidades del 'libre albedrío', sino en la realidad objetiva, en la naturaleza. La conciencia surgió de lo inconsciente, la psicología de la fisiología, el mundo orgánico del inorgánico, el sistema solar de la nebulosa. En todos los jalones de esta escala de desarrollo, los cambios cuantitativos se transformaron en cualitativos. Nuestro pensamiento, incluso el pensamiento dialéctico, es solamente una de las formas de manifestación de la materia cambiante. En este sistema no hay lugar ni para Dios ni para el Diablo, ni para el alma inmortal ni para modelos eternos de leyes y morales. La dialéctica del pensamiento, habiendo surgido de la dialéctica de la naturaleza, posee en consecuencia un carácter completamente materialista". ("Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party", *En Defensa del marxismo*, Barcelona, Editorial Fontamara, 1977, página 79; [tomo 22, página 206 de las *Œuvres* –edición en francés de las Obras de Trotsky–]).

El materialismo histórico

Desde la Antigüedad, los filósofos griegos consideran que la materia (del latín *mater*, la madre nutricia) es el fondo original de todo. La dominación oscurantista de la cristiandad rechazó más tarde el materialismo con ramplonas consideraciones respecto a Dios, el "creador".

En el siglo XVII y sobre todo en el siglo XVIII el movimiento filosófico de "Las Luces" (La Ilustración) en Francia, anuncia y refleja, en el terreno de las ideas, lo que en la realidad se está gestando y surgirá en 1789. Ese movimiento abrió un nuevo espacio a las ideas materialistas. Los avances científicos en esa época contribuyeron mucho a esas investigaciones materialistas.

El sabio francés Lavoisier (1743-1794) afirma: "Nada se pierde, nada se crea, todo se transforma²". *La Enciclopedia (Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios)* de Diderot y d'Alembert (1751-1772) pretendía dar cuenta de los progresos humanos en todos los ámbitos, anunciando un nuevo orden de cosas; fue violentamente combatida por el clero y la nobleza.

El materialismo del siglo XVIII es una filosofía que reconoce la existencia de la materia y, a partir de ahí, plantea la cuestión de la realidad de Dios y del espíritu.

En Francia, ese movimiento es agnóstico y democrático. Calará con fuerza en las filas republicanas en conflicto con el clero y la nobleza. El socialismo francés será su heredero.

El materialismo parte del hecho de que el mundo, por su naturaleza, es material y los múltiples fenómenos del universo no son más que aspectos de la naturaleza en movimiento.

Engels deduce de ello su plena significación: "El movimiento es el modo de existencia de la materia. Jamás y en ningún lugar ha habido materia sin movimiento, ni puede haberla. (...) La materia sin movimiento es tan impensable como el movimiento sin materia". (F. Engels, *Anti-Dühring* [capítulo VI: 'Filosofía de la Naturaleza: Cosmogonía, Física, Química'], versión de Manuel Sacristán, México, Ed.

2.- Un siglo más tarde, en la época en la que viven Marx y Engels, Darwin aplica esto al hombre en su teoría de la evolución.

Grijalbo, 1964, pág. 47]).

Hay ahí una oposición a toda concepción metafísica (fija, inmutable) del mundo. Por otra parte, todos los descubrimientos científicos desde el siglo XVIII contribuyeron al combate contra esta ideología reaccionaria. Los progresos de la biología, la física, la geología, la astronomía hicieron retroceder la visión de un mundo regido por leyes inmutables.

La astronomía y la astrofísica han estudiado un universo que se extiende sobre billones de kilómetros (en la medida en que estas cifras puedan dar cuenta de la realidad) y billones de años en el tiempo; un universo que está en cambio continuo, violento, irreversible, que conoce fases de transformación gradual y de cambios explosivos³.

El final del siglo XIX y el comienzo del XX fueron fecundos en descubrimientos científicos de primer orden.

“A comienzos del siglo XX, la física conoció dos cambios radicales: la relatividad de Einstein y la teoría cuántica. La concepción misma de la materia y de sus componentes se transformó de manera radical.” (J. M. Levy-Leblond, “La materia en la física moderna”, en la obra colectiva *Qu’est-ce que la matière?* [“¿Qué es la materia?”], París, ediciones Le Pommier.) En 1900 se publica la teoría de los “cuantos” (quanta) de Max Planck, y en 1905 se dan a conocer los trabajos de Einstein sobre la relatividad. Respecto de la primera, Levy-Leblond escribe: *“La teoría se desarrolló a partir del descubrimiento (debido a Planck) de que la luz no es una onda continua, sino que está constituida por pequeños paquetes discontinuos, cuantificados, los famosos ‘quanta’ de luz (a los que posteriormente se denominará ‘fotones’)”*.

Continuando su exposición sobre las cualidades de esos “quanta” (electrones, fotones y protones), este físico escribe: *“Asistimos a lo que puede llamarse una ‘sublimación’ de las cualidades primarias. Desaparecen no sin dejar tras ellas un sutil resto que las reemplaza.”* *“Nada se pierde, nada se crea, todo se transforma”*, afirmaba Lavoisier dos siglos antes. La teoría de los cuantos, aun no siendo ése su objetivo, demuestra que en todas partes la materia está en movimiento, que éste es el producto de contradicciones.

No es nuestra intención aquí extendernos más sobre los “quanta”, la relatividad de Einstein, los átomos (señalemos sólo que *“toda partícula es la antipartícula de su antipartícula”*; ref. en *Qu’est-ce que la matière?*), la genética con el ADN (las moléculas de ADN están en perpetua variación), o lo que se ha llamado la teoría sobre la *“deriva de los continentes”* y el descubrimiento de las placas tectónicas y su movimiento contradictorio.

Pero hay que subrayar que todos esos grandes descubrimientos científicos confirman la primacía de la materia y de su movimiento, entendido no sólo como un desplazamiento en el espacio, sino también como cambio, evolución, transformación a través de contradicciones.

También ahí reside el aspecto revolucionario del marxismo que, hace casi dos siglos, intentaba aplicar la dialéctica a la naturaleza y a la sociedad. Aun hoy, muchos “filósofos” atacan violentamente a Engels y su obra *Dialéctica de la naturaleza*, reprochándole el haber sacado la dialéctica de la esfera de la “Idea”.

Siendo así que, a diferencia del idealismo, el materialismo considera que el hombre está en la naturaleza, es su producto en una determinada fase de su evolución. La aplicación de la dialéctica al estudio de la naturaleza, del hombre y de la sociedad, es lo que se llama el **materialismo histórico**.

“La materia es la piedra de toque de la dialéctica, y tenemos que reconocer que la ciencia moderna ha suministrado para esa prueba un material sumamente rico y en constante acumulación, mostrando así que, en última instancia, la naturaleza procede dialéctica y no metafísicamente.” (...) *Sólo, pues, por vía dialéctica (...) puede conseguirse una exacta exposición del cosmos, de su evolución y de la evolución de la humanidad, así como de la imagen de esa evolución en la cabeza*

3.- Pero la reacción no ceja. Contra esta realidad, intentó utilizar la teoría científica del “Big Bang” para convertirla en el acto creador de Dios y, en otro ámbito, desarrolló contra el darwinismo la teoría “creacionista”.

del hombre" (Engels, *Anti-Dühring*, Prólogo, pág. 9 de la edición arriba citada).

El socialismo científico

Con esos términos definirá Engels el marxismo en su obra *Socialismo utópico y socialismo científico*. Evidentemente, Engels no pretende situar el marxismo en la sección de las ciencias, al lado de las matemáticas o de la física; quiere simplemente definir el marxismo frente al socialismo y al comunismo utópicos.

Lenin explicaba de éste último que *"criticaba la sociedad capitalista, la condenaba, la maldecía. Soñaba con abolirla, imaginando un régimen mejor, intentaba convencer a los ricos de la inmoralidad de la explotación."* (*Las tres fuentes y las tres partes constitutivas del marxismo*).

El socialismo científico es el análisis de las leyes del capital para acabar con el capital. León Trotsky escribe:

"Habiendo definido la ciencia como el conocimiento de las leyes objetivas de la naturaleza, el hombre se ha esforzado obstinadamente en sustraerse él mismo a la ciencia, reservándose privilegios especiales bajo forma de supuestas relaciones con unas fuerzas suprasensibles (religión), o con unos preceptos morales eternos (idealismo). Marx privó definitivamente al hombre de esos odiosos privilegios, considerándolo como un eslabón del proceso evolutivo de la naturaleza material; considerando a la sociedad humana como la organización de la producción y de la distribución; considerando al capitalismo como una fase del desarrollo de la sociedad humana." (*El marxismo y nuestra época, 1939* [Otra versión en castellano: *El pensamiento vivo de Karl Marx*, Losada, Buenos Aires, 1962.]).

Este método que es el marxismo, se apoya en todos los progresos realizados por las ciencias. Ya que Marx y Engels en esta segunda parte del siglo XIX, en plena efervescencia intelectual y científica, se interesaban por la ciencia, por todas las ciencias, aunque Marx tuviera debilidad por las matemáticas y Engels por la antropología.

Ambos se percataron muy pronto de la importancia histórica de la teoría de la evolución del hombre elaborada por **Darwin** en 1859. No es casualidad que, ante la tumba de Marx en 1883, Engels comparara el trabajo de su amigo sobre la sociedad capitalista con el de Darwin, fallecido un año antes, sobre la evolución del hombre. A modo de anécdota, señalemos que ambos amigos ofrecieron a Darwin un ejemplar de *El Capital*, que aparentemente no leyó.

Uno de los grandes especialistas en Darwin del siglo XX, el investigador norteamericano Stephen Jay Gould, desaparecido en 2002, explicaba en *Desde Darwin: Reflexiones sobre historia natural*, que desde Darwin persiste el prejuicio de que *"el motor de nuestra evolución ha tenido que ser el desarrollo del cerebro"* (en el capítulo "La postura erguida hace al hombre"). En oposición a esa tesis, Gould escribe:

"El cerebro no puede empezar a crecer en el vacío. Hay que aportarle un ímpetu inicial en forma de un modo de vida alterado que impusiera una fuerte ventaja selectiva en favor de la inteligencia. La postura erguida libera a las manos de su función locomotriz permite su uso para la manipulación (literalmente de manus, mano). Por primera vez pueden fabricarse, y con facilidad, herramientas y armas. El incremento de la inteligencia es, en gran medida, una respuesta al enorme potencial inherente a la disposición libre de las manos (...)". (*Desde Darwin...*, páginas. 231 y 232).

A propósito de los debates sobre estas cuestiones hasta el siglo XX, Gould señala:

"De hecho, debemos al siglo XIX una brillante exposición, cuyo autor sorprenderá sin duda a muchos lectores, puesto que se trata de Friedrich Engels (en) un tratado titulado El papel del trabajo en el paso del mono al hombre.

Engels considera tres características esenciales de la evolución humana: el lenguaje, el tamaño del cerebro y la postura erguida. Piensa que la primera etapa fue el descenso de los árboles y que nuestros ancestros, una vez instalados en el suelo, se irguieron progresivamente. 'Esos monos, al vivir en el suelo, perdieron la costumbre de servirse de sus manos y adoptaron una postura cada vez más erguida. Fue una etapa decisiva del paso del mono al hombre.' La postura erguida liberaba las manos y permitía la utilización de herramientas (es lo que Engels llama 'el trabajo') El desarrollo de la inteligencia y el lenguaje vinieron más tarde.

‘Vemos, pues –*prosigue Engels*–, que la mano no es sólo el órgano del trabajo; es también producto de él. Únicamente por el trabajo, por la adaptación a nuevas y nuevas funciones (...) y por la aplicación siempre renovada de estas habilidades heredadas a funciones nuevas y cada vez más complejas, ha sido como la mano del hombre ha alcanzado ese grado de perfección que la ha hecho capaz de dar vida, como por arte de magia, a los cuadros de Rafael, a las estatuas de Thorwaldsen y a la música de Paganini. (...) La tradición idealista ha dominado la filosofía hasta la época de Darwin. Su influencia era tan sutil y penetrante que ni siquiera los materialistas científicos pero apolíticos, como Darwin, escaparon a ella (...). *Engels concluye*: ‘El rápido progreso de la civilización fue atribuido exclusivamente a la cabeza, al desarrollo y a la actividad del cerebro. Los hombres se acostumbraron a explicar sus actos por sus pensamientos, en lugar de buscar ésta explicación en sus necesidades (...). Así fue cómo, con el transcurso del tiempo, surgió esa concepción idealista del mundo que ha dominado el cerebro de los hombres, sobre todo desde la desaparición del mundo antiguo, y que todavía lo sigue dominando hasta el punto de que incluso los naturalistas de la escuela darwiniana más allegados al materialismo son aún incapaces de formarse una idea clara acerca del origen del hombre, pues esa misma influencia idealista les impide ver el papel desempeñado aquí por el trabajo’.

La importancia del ensayo de Engels no reside en el hecho de que la ciencia haya confirmado la teoría que propone, sino más bien en el análisis penetrante del papel de la ciencia y de las presiones sociales que influyen en el pensamiento.” (Stephen Jay Gould, *Desde Darwin: Reflexiones sobre historia natural*, Barcelona, Editorial Crítica, 2010).

Evidentemente, desde el ensayo de Engels, hace más de un siglo, la investigación ha progresado; sabemos que el hombre no desciende del mono sino que hace millones de años, unas ramas animales cuyo origen es común se separan en múltiples partes algunas de las cuales darán lugar al bonobo, al chimpancé, al gorila, otras a nada, y otras a una serie de homínidos; evolucionando éstos a su vez durante un largo período, algunos hacia la desaparición, otros hasta llegar al *homo sapiens*, el hombre moderno. Son aún objeto de debate muchas cuestiones sobre las sucesiones de *homo habilis* y *homo erectus*, sobre el momento y las causas que explican el éxodo desde África hacia el resto del mundo, sobre el estudio del desarrollo del cerebro, sobre el análisis de la pelvis y de las piernas para la locomoción; todo ello está aún por precisar. Pero los últimos trabajos hacen hincapié en que “*la mano de Homo Habilis posee dedos cuyas últimas falanges son cortas y anchas como en el hombre moderno, mientras que las primeras falanges son largas y curvadas como en los australopitecos. El pulgar es corto y se articula como en el hombre moderno, pero parece menos móvil. (...) La mano al igual que el pie conservan aún aptitudes para trepar a los árboles (...), pero el cuello del fémur así como su articulación en la pelvis son más robustos, lo que significa que camina ya más y mejor que los australopitecos*”. (Pascal Picq, *Les Origines de l’Homme*, (“Los orígenes del hombre”), éd. Points, 2005).

La fecha estimada es de alrededor de 3 millones de años. Después, hace 2 millones de años, se constata una nueva etapa en la larga evolución del *homo*: “*su cerebro se ha desarrollado aún más y su mandíbula se ha afinado. Pero lo más sorprendente (...) es su alta estatura (...) ha perdido las aptitudes para trepar a los árboles para convertirse en una formidable máquina humana capaz de caminar con gran resistencia y correr a grandes zancada con el cuerpo perfectamente erguido*” (Ibidem).

Picq señala también que, en el proceso de fabricación de herramientas, se abre una nueva etapa: “*Es el primer hombre que está equipado con toda una panoplia de armas de caza. Las más antiguas de esas herramientas talladas por las dos faces se encuentran en África y datan de hace 1,6 millones de años (...). Son los primeros sílex enteramente trabajados de manera simétrica*” (Ibidem).

No es nuestro propósito establecer un cuadro completo de la evolución, pero estas anotaciones de un investigador darwiniano norteamericano o de un paleoantropólogo francés (que no son marxistas), permiten mostrar cómo el método materialista es el único conforme al desarrollo de la ciencia. Como escribe S. J. Gould:

“Tenemos que entender dentro de un todo las nacientes propiedades que resultan de la interpenetración inextricable de los genes y el entorno. Resumiendo, debemos hacer nuestro lo que tanto grandes pensadores llaman un enfoque dialéctico, que las modas norteamericanas rechazan, denunciándolo como una retórica de tipo político. El pensamiento dialéctico debería ser tomado más en serio por los pensadores occidentales, y no ser descartado so pretexto de que algunas naciones de la otra parte del mundo hayan adoptado una visión estereotipada del mismo para fundamentar su dogma. (...) Cuando se presentan como las directrices de una filosofía del cambio, y no como

preceptos dogmáticos que se declaran por decreto verdaderos, las tres leyes clásicas de la dialéctica ilustran una visión holística en la que el cambio es una interacción entre los componentes de sistemas completos, y en la que los propios componentes no existen a priori, sino que son a la vez los productos del sistema y de los datos que se introducen en el sistema. Así, la ley de los 'contrarios que se interpenetran' atestigua la absoluta interdependencia de los componentes; la 'transformación de la cantidad en cualidad' defiende una visión sistemática del cambio, que traduce las entradas de datos incrementales en cambios de estado; y la 'negación de la negación' describe la dirección dada a la historia, ya que los sistemas complejos no pueden volver de manera exacta a sus estados anteriores." (Stephen Jay Gould, *Un erizo en la tempestad*, 1987).

La producción del hombre por él mismo

Así pues, el motor de la evolución de la humanidad desde la prehistoria (partiendo de la posición erguida y la liberación de la mano) es el **trabajo**, es decir, la actividad práctica de los hombres en el medio natural, fabricando para ello armas, herramientas, con técnicas por mínimas que sean.

Como explica **Plejánov**, introductor del marxismo en Rusia y especialista en materialismo, a propósito del hombre: *"al mismo tiempo que actúa mediante ese movimiento sobre la naturaleza exterior y la modifica, modifica su propia naturaleza. La esencia de la teoría marxista está contenida en esas pocas palabras."* (*La concepción monista de la historia*). He ahí la clave de la explicación materialista de la producción del hombre por él mismo, y no por algún dios.

Bajo el título "La revolución del paleolítico superior", Pick escribe: *"El paleolítico superior abre un período dominado por la innovación. Desde el alba de los primeros hombres hasta el fin del pleistoceno medio, la evolución pasa más por la adaptación biológica que por cambios culturales. A partir de hace 40.000 años, en el momento trágico de la evolución de los homínidos, en el que desaparecen todos los hombres salvo el hombre moderno, comienzan las innovaciones y los cambios culturales a un ritmo siempre acelerado."*

Sin profundizar más en el análisis, citemos sólo los títulos de las partes que trata este paleontólogo en su estudio: *"El hábitat se diversifica; los usos del fuego se multiplican; una panoplia de armas y herramientas; un artesanado propio de cada población; un sistema de intercambio sobre vastas distancias; modos de comunicación simbólicos; la aparición de las representaciones humanas."*

Esta última cuestión de las pinturas rupestres no carece de interés para la explicación de la posición marxista frente a lo divino. *"Hasta entonces, los hombres expresaban su espiritualidad sobre el cuerpo (tatuajes, ropas, collares), de repente, hacia 40.000 años, los hombres comienzan a dejar sus marcas en soportes materiales (...). Con el hombre moderno aparecen la escultura, el grabado, la pintura y las primeras representaciones humanas."* (Picq, op. cit.)

El hombre se ha producido a sí mismo. Se ha separado de la naturaleza que ahora debe explotar. En una determinada fase de la historia humana, tras millones de años de vida en el medio natural, (a base de caza y recolección, que no lo distinguen del animal), se produce un cambio cualitativo. El paso de la cantidad a la cualidad consiste en que la humanidad no va a conformarse con extraer del medio natural aquello que necesita, va a empezar a transformar poco a poco el propio medio natural a fin de producir lo que necesita. Nacerán la agricultura y la ganadería, combinadas, por supuesto, con la caza y la recolección, con las que coexistirán.

Pero esta producción del hombre por él mismo, la separación de la naturaleza, trae consigo un profundo cambio en todos los aspectos, incluso en la manera de entender la naturaleza (que en adelante le aparecerá como externa, mientras que, como simple cazador, no se distinguía de ella). La agricultura ve inevitablemente en la naturaleza un elemento al que hay que forzar: hacer retroceder el bosque, proteger los campos, irrigar, etc.

El hombre se siente separado de la naturaleza; aparecen entonces el temor a la muerte y las pinturas que representan lo humano, la búsqueda de una protección, la divinidad que muy frecuentemente será la madre naturaleza. El hombre vive ya en sociedad. La producción de esas "ideas" corresponde a la fase de la producción material, a la sociedad.

La producción del hombre es la producción de la sociedad humana

Plejánov escribe: “Franklin⁴ llamaba al hombre ‘a tool making animal’ (‘un animal que fabrica herramientas’). La producción y utilización de herramientas constituyen en efecto un rasgo distintivo del ser humano (...). Con sus instrumentos de trabajo, el hombre adquiere órganos que modifican su estructura anatómica. Desde el día en que fue capaz de utilizarlas, su evolución revistió un aspecto enteramente nuevo; hasta entonces, como la de todos los demás animales, se limitaba a una modificación de los órganos naturales; a partir de entonces, se convierte ante todo en la historia del perfeccionamiento de esos órganos artificiales, del crecimiento de las fuerzas productivas.”

Pero, precisa Plejánov, “animal que fabrica herramientas, el hombre es al mismo tiempo un animal social que proviene de ancestros que vivían en manadas más o menos grandes desde muchas generaciones”. (La concepción monista de la historia, cap. V: “El materialismo moderno”). Lo que entiende este materialista marxista ruso por “animal social” (Marx), es que el hombre no solamente no vive solo, como algunos grandes predadores, sino en grupo, y que el paso a otra fase en el paleolítico superior desarrolla la vida colectiva, la producción en común, la sociedad humana.

Marx escribe acerca de esta cuestión: “En la producción, los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo, para actuar en común y establecer un intercambio de actividades. Para producir los hombres contraen determinados vínculos y relaciones, y a través de estos vínculos y relaciones sociales, y sólo a través de ellos, es cómo se relacionan con la naturaleza y cómo se efectúa la producción.” (Trabajo asalariado y capital, Obras escogidas en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1974, pág. 163)

El desarrollo de la agricultura en un determinado momento de la historia humana, tras haber coexistido con la caza y la recolección, va a ser el elemento principal y dominante de la vida en sociedad. El aumento cuantitativo (que ha sido posible gracias a mejoras cualitativas...) de la producción agrícola llegará a una fase en la que el agricultor, el ganadero y el artesano producen de media más de lo que consumen. La apropiación y la gestión de ese “sobreproducto” (producto adicional) serán a partir de entonces factores del desarrollo histórico. Como todo lo demás, es sin duda producto del trabajo humano, pero éste va entonces a diversificarse y, por lo tanto, a oponerse a sí mismo. Ese sobreproducto fruto del trabajo de **la gran masa de los hombres**, permitirá entonces a **alguno de ellos** levantarse entre, y después frente a la gran masa (es la acción de la negación en la historia). Este era antaño su hermano de tribu, quizás el jefe de esa tribu, pero uno más; entonces pasa a ser su amo, en tanto que soberano del lugar donde se almacena el sobreproducto, los cereales por ejemplo. Él vive del sobreproducto del trabajo de los demás, se ocupa de la gestión de la organización del trabajo. **Ha nacido la división del trabajo**, división entre trabajo manual e intelectual. Y como hemos visto, no son las ideas las que guían al mundo, sólo son el reflejo de la realidad material; por lo que, en esa etapa, se producen las ideas que corresponden a ella: un soberano, unos esclavos y unos sacerdotes para explicar que esta situación nueva ha existido siempre, o siempre ha estado prevista, respondiendo a un plan superior al hombre.

En lo sucesivo, la historia de la humanidad será la historia de la lucha de clases. En la tribu de cazadores había conflictos, pero no lucha de clases enfrentando a dos grupos sociales distintos; no había base social para ello, no había sobreproducto. Cuando nace el sobreproducto, la sociedad humana se divide en clases sociales distintas. A partir de entonces las relaciones entre los hombres vendrán determinadas por sus relaciones en la producción, que constituyen la sociedad humana en una determinada fase de su desarrollo.

Relaciones de producción, fuerzas productivas y modos de producción

En este punto del análisis conviene definir lo que el marxismo entiende por modo de producción, relaciones sociales y fuerzas productivas. Marx escribe a este respecto:

“El resultado general que obtuve y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor de mis estudios, puede formularse brevemente de la siguiente manera. En la producción social de su vida, los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas

4.- Político norteamericano del siglo XVIII, partidario de la Ilustración y físico que inventó el pararrayos.

materiales. La totalidad de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se alza un edificio jurídico y político y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina el proceso social, político y espiritual en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia". (Karl Marx, Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI editores, 1980, página 4).

Marx explica que, en el proceso de la producción se establecen relaciones de un tipo determinado independientemente de la voluntad de los individuos. **La producción es social**. No son hombres aislados los que en ella participan sino, por el contrario, unos hombres ligados entre sí por unas relaciones sociales determinadas.

Las **relaciones de producción** engloban las relaciones de propiedad (forma de la propiedad), las relaciones de reparto del producto del trabajo y las relaciones de intercambio que de ellas se derivan.

Las **fuerzas productivas** incluyen no solamente las herramientas y las técnicas, sino también a los hombres que se sirven de ellas y viven en sociedad.

En función de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción que les corresponden, puede definirse la fase alcanzada por la sociedad: modo de producción esclavista, después feudal y después burgués.

El **modo de producción** es, pues, la combinación de las relaciones sociales de producción y de las fuerzas productivas, es decir, una cierta fase alcanzada en la organización del trabajo de los hombres en sociedad.

Conviene precisar una cuestión fundamental. No se puede reducir la cuestión de las fuerzas productivas a un análisis cuantitativo (no olvidemos que la historia humana, como lo demás, no procede de un desarrollo lineal y gradual, sino de un desarrollo hecho de contradicciones), aunque el marxismo tome en cuenta los aspectos cuantitativos. Si se comparan las fuerzas productivas bajo el antiguo régimen esclavista y las del capitalismo en el siglo XX, evidentemente no tienen el mismo grado de desarrollo. Hay que analizar las fuerzas productivas y su desarrollo –y ése es el sentido de la cita de Marx– como una relación social que implica a unas clases antagonistas. Desde ese punto de vista habla el marxismo de “fuerzas productivas de la humanidad” o de “fuerzas productivas de la sociedad”.

Las fuerzas productivas son, desde luego, los medios de producción (herramientas, técnicas, ciencias), y los hombres que se sirven de ellas; pero no se trata sólo de una suma de herramientas, técnicas y trabajo humano.

Las “*fuerzas productivas de la humanidad*” son, desde el origen (desde la revolución del paleolítico) una manifestación concreta de la capacidad del hombre de dominar la naturaleza para satisfacer sus necesidades. El hombre utiliza unos medios de producción encaminados a mejorar su relación con la naturaleza, sometiéndola a sus objetivos, en las diferentes fases de su desarrollo. Toma una rama de un árbol y la transforma en lanza; después extrae el mineral que servirá para la aleación con la que hacer sus herramientas y sus armas, o bombeará el petróleo que se convertirá, después de ser transformado, en carburante para sus máquinas.

Esos medios de producción que utiliza están condicionados por el grado de desarrollo de los conocimientos y de la organización del trabajo humano. Pero todos son producto del trabajo humano. Ya que esas mismas herramientas, parte integrante de las fuerzas productivas, son producto de la actividad intelectual y manual del hombre en sus relaciones con la naturaleza. Actividad (trabajo) que es el fundamento de todo progreso de la civilización y, por lo tanto, del grado de desarrollo de las fuerzas productivas. El hacha de piedra, por ejemplo (fabricada a partir de una piedra seleccionada por el hombre por su solidez y su filo, que pule por sus dos caras) y el hacha que más tarde fabricará en acero (aleación de hierro y carbono) gracias a su conocimiento de la extracción del mineral y de la metalurgia, implican diferencias de desarrollo (es un grado cuantitativamente superior), pero

tienen un punto en común: el trabajo humano.

“La naturaleza no construye ninguna máquina, ni ninguna locomotora, ni ferrocarril, ni telégrafo eléctrico, ni hiladoras automáticas, etc. Son producto de la industria humana, materia natural, transformada en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de su acción sobre la naturaleza. Son los órganos del cerebro humano creados por la mano humana.” (Karl Marx, *Líneas fundamentales de la crítica de la Economía Política [Grundrisse]*, traducción de Javier Pérez Royo, Barcelona, Editorial Crítica, 1978, vol. II, pág. 92).

Así pues, las fuerzas productivas son *“el mediador entre el hombre y la naturaleza”* (Marx). Son el producto del trabajo humano en relación con la naturaleza, pero también de las relaciones de los hombres entre sí. De manera que son el producto de relaciones de producción y de un modo de producción determinados, de los que son el elemento esencial. Integran, pues, todas las contradicciones de esas relaciones y de ese modo de producción.

Razón por la que Marx precisa que es *“el individuo social (el que) se presenta como la gran piedra angular de la producción de riquezas”* (ibídem, vol. II, p. 91). En otras palabras, es la utilización por el hombre de las técnicas, herramientas (que, recordémoslo, son ya producto del trabajo humano) lo que da a esta totalidad el carácter de “fuerzas productivas de la humanidad”, ya que *“el trabajador (...) interpone el proceso natural, que él transforma en un proceso industrial, como medio entre sí mismo y la naturaleza inorgánica”* (ibídem, vol. II, p. 90). El marxismo no reduce las fuerzas productivas a un “progreso técnico”, sino que subraya que la principal fuerza productiva, la que da coherencia a la totalidad, es el trabajo humano.

Así pues, se puede concluir que la producción, el trabajo de transformación de la naturaleza en la lucha por dominarla, es el acto decisivo de nacimiento del “hombre” mediante su separación de la naturaleza, que se realiza **necesariamente** en sociedad y, por lo mismo, a través de unas **relaciones sociales de producción determinadas**. El hombre es social y la sociedad, bajo sus diferentes formas, constituye la mediación necesaria entre él y la naturaleza.

En efecto, no es el hombre en solitario el que intenta dominar la naturaleza, sino, según la fórmula de Marx, el “hombre social”. Las propiedades del hombre social se definen en cada instante por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas de las que depende la estructura de la sociedad. Pero ésta se encuentra determinada por las propiedades del ámbito geográfico, que proporciona al hombre más o menos medios para desarrollar sus fuerzas de producción. Pero a partir del momento en que se establecen ciertas relaciones sociales, éstas continúan desarrollándose siguiendo unas leyes propias. La dependencia del hombre pasa de ser inmediata a ser mediata. El medio natural actúa sobre el hombre a través del medio social. La relación del hombre con la naturaleza pasa a ser variable; a cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas, se revela distinta que en la etapa anterior.

Si la producción es el acto mediante el cual el hombre se distingue de la naturaleza, ésta misma producción lo liga a la naturaleza que sigue explotando. La acción del hombre sobre la naturaleza a través de la producción engendra un nuevo modo de dependencia humana: **la necesidad económica**. Cuanto más se amplía el dominio del hombre sobre la naturaleza, más fuerte se hace esa dependencia: al mismo tiempo que se desarrollan las fuerzas productivas, las relaciones sociales y humanas se complican, se jerarquizan dentro del proceso social de producción. **Su devenir escapa completamente al control del hombre, el productor se convierte en esclavo de su propia producción.**

Pero, igual que el medio natural ofreció a los hombres primero la posibilidad de desarrollar las fuerzas productivas y, por consiguiente, de liberarse poco a poco de la sujeción de la naturaleza, del mismo modo las relaciones de producción, **las relaciones sociales, por la lógica misma de su desarrollo, conducen a los productores a levantarse contra su sujeción a la necesidad económica**. La raíz de la esclavización del hombre social a su propia producción reside en la anarquía de ésta (la “anarquía capitalista”); dar un paso más en su desarrollo implica para la humanidad que el productor (el “hombre social”) organice la producción para someterla a su voluntad. Termina el imperio de la **necesidad**, es el advenimiento de la **libertad**.

El desarrollo de la humanidad, que ha atravesado diversas fases (esclavista, feudal, capitalista),

ha de completarse con el paso del “*reino de la necesidad* (la sociedad de clases —NDR) *al reino de la libertad* (sociedad sin clases)”, según las palabras de Engels.

La división de la sociedad en clases da lugar al nacimiento del Estado...

El “reino de la necesidad” (la sociedad de clases) según Engels, es la historia de la lucha de clases y de la evolución de la sociedad.

“Las relaciones sociales en las que los individuos producen, las relaciones sociales de producción, cambian, por tanto, se transforman, al cambiar y desarrollarse los medios materiales de producción, las fuerzas productivas. Las relaciones de producción forman en conjunto lo que se llaman las relaciones sociales, la sociedad, y concretamente, una sociedad con un determinado grado de desarrollo histórico, una sociedad de carácter peculiar y distintivo. La sociedad antigua, la sociedad feudal, la sociedad burguesa, son otros tantos conjuntos de relaciones de producción, cada uno de los cuales representa, a la vez, un grado especial de desarrollo en la historia de la humanidad.”
(Karl Marx, “Trabajo asalariado y capital”, *Obras escogidas* en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1974; pág. 163).

Recordémoslo, las primeras sociedades humanas, las de la Prehistoria, no producían más que lo imprescindible para su supervivencia; es lo que se llama una “*economía de subsistencia*”. Al final del período prehistórico aparecieron las primeras formas de ganadería y agricultura, que coexistieron con la caza y la recolección. Las fuerzas productivas siguieron siendo escasas en la economía de subsistencia. Agrupados en tribus, los hombres que componían las sociedades primitivas eran colectivamente propietarios de los medios de producción (de hecho, el suelo). Las relaciones sociales de producción no comportaban todavía la división en clases. Por ello el marxismo califica de *comunismo primitivo* esas sociedades y su modo de producción.

El desarrollo de la agricultura y la utilización de minerales en el III milenio antes de nuestra era son a la vez producto y fuente de un desarrollo de las fuerzas productivas. Primero en Mesopotamia (en el actual Iraq), después en el Valle del Nilo, en India, en China, unas sociedades empiezan a producir más de lo necesario para su supervivencia (de hecho, primero en zonas donde se dan condiciones geográficas y climáticas particularmente favorables, a la orilla de grandes ríos limosos). Va a nacer el “reino de la necesidad”. **La producción de un sobreproducto está en el origen de la división de la sociedad en clases.**

Desde el momento en que aparece ese sobreproducto, se opera una diferenciación social. Aparecen entonces los conflictos tras los cuales los prisioneros se convierten en esclavos obligados a producir más bienes de los que precisan para su subsistencia. Durante la Antigüedad se desarrollan las sociedades basadas en la esclavitud: amos y esclavos constituyen las dos clases fundamentales de la sociedad, que el marxismo califica de **modo de producción esclavista**.

Las fuerzas productivas son entonces esencialmente agrícolas, pastoriles y artesanales. Las relaciones de producción que constituyen la base real de la sociedad son las relaciones que existen entre amos y esclavos.

En ese marco se desarrolla, en torno a un soberano y a su corte de señores, una casta de guerreros encargados de la guerra y la conquista de nuevos esclavos, pero también de la protección del reino contra un peligro exterior pero también interior: el esclavo implica necesariamente su guardián. Está también la casta de los sacerdotes encargados de garantizar el carácter divino (por lo tanto intocable e inamovible) del rey. Los primeros vestigios de escritura, a finales del IV milenio en Sumeria (actual Iraq), son tablas de arcilla que recogen el inventario de las existencias y riquezas: había nacido el funcionario. La escritura no nació de una necesidad poética o filosófica del cerebro humano, sino de la “necesidad económica”. Este conjunto de elementos indica una cosa: de la división de la sociedad en clases nace el Estado, bajo una forma primitiva aún, pero es ya Estado, es decir, **la organización encargada de garantizar el dominio de los amos sobre los esclavos, es decir, de una clase social sobre otra**. A partir de ahí, para el marxismo, el Estado no es neutral, es la organización jurídica de la sociedad de clases. **El Estado es el de la clase dominante.**

Engels escribe, a propósito de la idea de un Estado “neutral” por encima de las clases:

“El Estado no ha existido eternamente. Ha habido sociedades que se las arreglaron sin él, que no tuvieron la menor noción del Estado ni de su poder. Al llegar a cierta fase del desarrollo económico, que estaba ligada necesariamente a la división de la sociedad en clases, esta división hizo del Estado una necesidad. (...) Como el Estado nació de la necesidad de refrenar los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de esas clases, es, por regla general, el Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida. Así, el Estado antiguo era, ante todo, el Estado de los esclavistas para tener sometidos a los esclavos”. (F. Engels, “El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado”, capítulo 9: “Barbarie y civilización”, Obras escogidas de Marx y Engels en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1974).

El paso de la Prehistoria a la Antigüedad consistió en una transformación de la cantidad en cualidad, la sustitución del modo de producción comunista primitivo por el modo de producción esclavista, es decir, la sustitución de unas sociedades escasamente productivas, sin clases ni Estado, por unas sociedades más productivas divididas en clases (amos y esclavos), dominadas por aparatos de Estado que funcionan por cuenta de la clase dominante y para controlar el sobreproducto.

...y al desarrollo de la lucha de clases

El desarrollo de las fuerzas productivas (trabajo sobre la naturaleza) dio así lugar a la primera convulsión revolucionaria de la historia humana: sobre la base de la división social del trabajo que se derivó y, por lo tanto, de las condiciones objetivas de la explotación del trabajo social (la producción del sobreproducto), nació la división en clases y, por ende, la lucha de clases.

Como Marx y Engels explican, **el motor de la historia es la lucha de clases**. Todas las cosas se desarrollan mediante contradicciones sucesivas; igual sucede con la humanidad. Los hombres hacen la historia en unas condiciones determinadas (por el lugar geográfico, la fase de desarrollo de las fuerzas productivas, el tipo de relaciones sociales), pero hacen la historia independientemente de la consciencia que de ello tengan, y el marco de esa historia son las contradicciones de clase.

Ya en la Antigüedad, esa realidad se manifestó a través de numerosas revueltas de esclavos, la más célebre de las cuales, la de Espartaco, se adueñó incluso de todo el Sur de Italia en el siglo I, viéndose obligado el Senado romano a enviar varias legiones para reprimirla sangrientamente.

Si bien un Emperador, un Faraón o un César ocupaban la cúspide del sistema, no eran, cualquiera que fuera su poder, más que la expresión de la clase de los propietarios de esclavos; toda la historia de Egipto o de Roma está cuajada de esas revoluciones palaciegas, que rectificaban el poder monárquico para adecuarlo a los intereses de esa clase social.

En Europa y en ciertos países de la cuenca mediterránea, el desarrollo de las fuerzas productivas (materializado en el descubrimiento de labranza con arado de vertedera de tracción animal, la utilización mecánica del agua y el viento, etc.) y la decadencia del Imperio Romano (forma social inadapta ya a las necesidades y a las nuevas condiciones de ese desarrollo), dan lugar alrededor del siglo V al derrumbamiento del modo de producción esclavista y al advenimiento de un nuevo modo de producción: **el modo de producción feudal**.

Las dos clases fundamentales son entonces los siervos, que constituyen la masa de los trabajadores en la agricultura y la ganadería, y los señores feudales, propietarios de su territorio, de su feudo. A diferencia del esclavo, el siervo puede ser propietario de un pedazo de tierra, pero la parte del señor es la principal, y el siervo debe trabajarla. El modo de producción feudal (o servil) se basa en unas fuerzas productivas más desarrolladas que en la sociedad antigua (o esclavista), que hacen posible esta nueva organización.

Entre la clase de los señores y la de los siervos, van a desarrollarse unas minorías de ganaderos y agricultores no siervos, de artesanos agrupados en corporaciones de oficios donde los oficiales son explotados por los maestros gremiales y, finalmente, de comerciantes. Esas capas intermedias se mantienen durante siglos sin un peso decisivo, sólo a partir del siglo XIII los maestros gremiales y comerciantes, sobre la base de un desarrollo de las fuerzas productivas, aumentarán su poderío

económico, dando origen a una nueva clase: **la burguesía**.

En efecto, a partir de los siglos XII y XIII en particular, el desarrollo científico y técnico y, por tanto, de las fuerzas productivas, da lugar al desarrollo de los “burgos”, donde los maestros gremiales y los comerciantes se enriquecen, ocupan una nueva posición económica. Se constituye la clase de los burgueses que se fortalecerá con el desarrollo de la economía mercantil, los nuevos descubrimientos en ultramar y la moneda.

Toda la historia de la Edad Media está marcada por la lucha de la clase de los siervos contra la nobleza: las “jacqueries”⁵ en Francia, la “guerra de los campesinos” en Alemania, que se levantaban casi siempre contra los “excesos” de algunos señores, pero también a veces contra el régimen feudal mismo. Hay una modificación en el siglo XVII, cuando las “revueltas” en Francia enfrentan a una parte de la nobleza, burgueses y elementos de las capas populares, y al rey: esto sucede en relación con el desarrollo económico que se ha operado, y las necesidades que éste crea, particularmente en materia de libertad de comercio.

De la economía mercantil al capitalismo

Del siglo XV al XVII, ese fenómeno se intensifica: a los artesanos y comerciantes se suman los propietarios de manufacturas, los armadores, los banqueros. Junto a la economía feudal en declive y sin ambición, basada en la explotación de los siervos en la agricultura, surge una economía mercantil comercial, y más tarde manufacturera, que se basa a su vez en la explotación por los burgueses de una mano de obra en el campo, pero también y cada vez más en las ciudades. Es lo que se llama la **acumulación primitiva del capital**, que más tarde posibilitará la instauración del modo de producción capitalista.

Engels, analizando el giro radical que se opera a mediados del siglo XVI, “*la gran época que nosotros, los alemanes, llamamos la Reforma, (...) los franceses Renaissance y los italianos Cinquencento*”, escribe:

“El poder real, apoyándose en los habitantes de las ciudades, quebrantó el poderío de la nobleza feudal (...). En los manuscritos salvados en la caída de Bizancio, en las estatuas antiguas excavadas en las ruinas de Roma, un nuevo mundo –la Grecia antigua– se ofreció a los ojos atónitos de Occidente. Los espectros del medioevo se desvanecieron ante aquellas formas luminosas; en Italia se produjo un inusitado florecimiento del arte, que vino a ser como un reflejo de la antigüedad clásica y que jamás volvió a repetirse⁶ (...). Los límites del viejo orbis terrarum fueron rotos; sólo entonces fue descubierto el mundo, en el sentido propio de la palabra, y se sentaron las bases para el subsecuente comercio mundial y para el paso del artesanado a la manufactura, que a su vez sirvió de punto de partida a la gran industria moderna. Fue abatida la dictadura espiritual de la Iglesia; la mayoría de los pueblos germanos se sacudió su yugo y abrazó la religión protestante, mientras que entre los pueblos románicos iba echando raíces cada vez más profundas y desbrozando el camino al materialismo del siglo XVIII una serena libertad de pensamiento heredada de los árabes y nutrida por la filosofía griega, de nuevo descubierta.

Fue ésta la mayor revolución progresiva que la humanidad había conocido hasta entonces; fue una época que requería titanes y que engendró titanes por la fuerza del pensamiento, por la pasión y el carácter, por la universalidad y la erudición. De los hombres que echaron los cimientos del actual dominio de la burguesía podrá decirse lo que se quiera, pero, en ningún modo, que pecasen de limitación burguesa. Por el contrario: todos ellos se hallaban dominados, en mayor o menor medida, por el espíritu de aventuras inherente a la época. Entonces casi no había ni un solo gran hombre que no hubiera realizado lejanos viajes, no hablara cuatro o cinco idiomas y no brillase en varios dominios de la ciencia y de la técnica. Leonardo de Vinci no sólo fue un gran pintor, sino un eximio matemático, mecánico e ingeniero (...). Alberto Durero fue pintor, grabador, escultor, arquitecto (...). Maquiavelo fue hombre de Estado, historiador, poeta y, por añadidura, el primer escritor militar digno de mención de los tiempos modernos. (...). Los héroes de aquellos tiempos aún no eran esclavos de la división del trabajo (...). Lo que más caracterizaba a dichos héroes era

5.- Rebeliones campesinas en Francia durante la Edad Media, el Antiguo Régimen y durante la Revolución francesa.

6.- Por razones que no vamos a tratar aquí, la unificación italiana no tuvo lugar hasta el siglo XIX; había varios reyes que dirigían Estados diferentes, numerosas ciudades-Estado como Venecia, enteramente dedicada al comercio y la banca. La clase burguesa dominará muy pronto.

que casi todos ellos vivían plenamente los intereses de su tiempo, participaban de manera activa en la lucha práctica, se sumaban a un partido u otro y luchaban, unos con la palabra y la pluma, otros con la espada y otros con ambas cosas a la vez. (...) En aquellos tiempos también las Ciencias Naturales se desarrollaban en medio de la revolución general y eran revolucionarias hasta lo más hondo (...). Al lado de los grandes italianos que dieron nacimiento a la nueva filosofía, las Ciencias Naturales dieron sus mártires a las hogueras y las prisiones de la Inquisición. (...) Calvino quemó a Servet⁷ cuando éste se hallaba ya en el umbral del descubrimiento de la circulación de la sangre y lo tuvo dos horas asándose vivo; la Inquisición, por lo menos, se dio por satisfecha con quemar simplemente a Giordano Bruno⁸.

El acto revolucionario con que las Ciencias Naturales declararon su independencia (...) fue la publicación de la obra inmortal en la que Copérnico (...) arrojó el guante a la autoridad de la Iglesia en las cuestiones de la naturaleza. De aquí data la emancipación de las Ciencias Naturales respecto a la teología (...). El desarrollo de las ciencias avanzó a partir de ese momento con paso de gigante (...) a partir de entonces se operó, a pasos agigantados, el desarrollo de la ciencia". (Engels, Introducción a la "Dialéctica de la naturaleza", Marx y Engels, Obras escogidas en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1974, tomo III).

Y en ese mismo texto, Engels explica que ése es "el marco en el que se desarrollaron las naciones europeas modernas y la sociedad burguesa moderna; y mientras que la burguesía y la nobleza estaban aún a la greña, la guerra de los campesinos de Alemania anunciaba proféticamente las futuras luchas de clases" (ibídem). Ya que, para Engels, el ámbito de las "ideas" es inseparable del ámbito de la naturaleza, El "Renacimiento" es la expresión del desarrollo de las fuerzas productivas.

Se agrava la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas nuevas y las relaciones de producción feudales, como por ejemplo las numerosas trabas a la libertad de comercio (el ejemplo más conocido es el de los aranceles que cobran los señores feudales en las rutas de comercio que atraviesan sus dominios); el impuesto feudal que sirve para alimentar a la corte (los cortesanos) y financiar las guerras no sólo afecta a los campesinos, sino también a la burguesía. El desarrollo de la economía mercantil debe liberarse de las cortapisas feudales para pasar a una etapa nueva: la burguesía misma tiene que convertirse en la clase dominante.

En los Países Bajos la lucha de la burguesía contra la dominación española y austriaca desemboca en la creación de las Provincias Unidas (1581) y, por vez primera en la historia, la burguesía instaura su propio Estado. Después será el turno de Inglaterra, donde Cromwell acaba con la monarquía en 1649 y donde más tarde, un compromiso entre burgueses y nobles dará lugar a las instituciones de la monarquía parlamentaria, en la que la nobleza se integra en la clase capitalista, convertida en clase dominante.

En 1763 se producen las primeras revueltas en Estados Unidos contra la dominación colonial británica. En 1775 estalla la Guerra de la Independencia. El 4 de julio de 1776, el Congreso proclama la independencia de los Estados Unidos. En 1787 se adopta la Constitución de los Estados Unidos de América, que proclama el derecho del pueblo a la insurrección contra un poder tiránico.

En Francia, la centralización que se operó en detrimento de las libertades de los señores feudales con Luis XI (1423-1483) dio un paso más con el absolutismo monárquico-feudal bajo Luis XIV, continuado por Luis XV y Luis XVI. Es este un obstáculo inmenso para el progreso del capitalismo. La nobleza y la monarquía tienen un carácter cada vez más parasitario. La revolución de 1789 abolirá el viejo orden. Será más pujante y tendrá mayor profundidad por ser la más tardía (por lo que el pueblo, el proletariado jugará un papel en ella), y por el carácter centralizado de la monarquía.

Las nuevas fuerzas productivas aparecidas en Europa y en los Estados Unidos se enfrentan a las antiguas relaciones de propiedad que siguen rigiendo la sociedad. A partir de un cierto momento, esas nuevas fuerzas productivas se asfixian bajo el yugo de las antiguas relaciones de producción.

7.- Calvino (1509-1564), uno de los fundadores del protestantismo. Servet (1511-1553), médico y teólogo reformador; refugiado en Ginebra, fue condenado a muerte bajo la influencia directa de Calvino por poner en tela de juicio ciertos dogmas.

8.- Giordano Bruno (1548-1600), filósofo y partidario de la revolución copernicana, fue condenado a muerte por la Inquisición.

El marxismo, para caracterizar esta situación, **habla de rebelión de las fuerzas productivas**. Esta rebelión constituye **la base objetiva de la revolución social**. Es un momento histórico de la lucha de clases que hace posible la destrucción de las viejas relaciones sociales de producción que obstaculizan el progreso de las nuevas fuerzas productivas.

La revolución burguesa instaaura nuevas relaciones de producción. **Ha nacido el modo de producción capitalista**.

“La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario (...). La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción (...). La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta o otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones. La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita.” (Manifiesto del Partido Comunista, Marx y Engels, Obras escogidas en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1974, tomo I)

León Trotsky expone así el análisis de Marx sobre el modo de producción capitalista:

“La finalidad de Marx no era descubrir las ‘leyes eternas’ de la economía. Negó la existencia de semejantes leyes. La historia del desarrollo de la sociedad humana es la historia de la sucesión de diversos sistemas económicos, cada uno con sus propias leyes. La transición de un sistema al otro ha estado determinada siempre por el aumento de las fuerzas productivas, es decir, de la técnica y de la organización del trabajo. Hasta cierto punto, los cambios sociales son de carácter cuantitativo y no alteran los fundamentos de la sociedad, es decir, las formas dominantes de propiedad. Pero se alcanza un nuevo punto cuando las fuerzas productivas acrecentadas ya no pueden permanecer más tiempo encerradas en las viejas formas la propiedad; se produce entonces un cambio radical en el orden social, acompañado de conmociones. A la comuna primitiva le sucedió o se le sumó la esclavitud; la esclavitud fue reemplazada por la servidumbre con su superestructura feudal; en el siglo XVI, el desarrollo comercial de las ciudades de Europa ocasionó la llegada del régimen capitalista que, desde entonces, ha pasado por diferentes etapas. En El Capital, Marx no estudia la economía en general, sino la economía capitalista con sus leyes específicas. Sólo de pasada habla de otros sistemas económicos y sólo con el objeto de arrojar luz sobre las características propias del capitalismo.

La economía de la familia campesina primitiva, que se bastaba a sí misma, no tenía necesidad de una economía política, pues estaba dominada por un lado por las fuerzas de la naturaleza y por el otro por las fuerzas de la tradición. La economía natural de los griegos y romanos, una economía autosuficiente fundada en el trabajo de los esclavos, estaba regida por la voluntad del propietario de los esclavos, cuyo ‘plan’ estaba determinado directamente por las leyes de la naturaleza y de la rutina. Lo mismo podría decirse del régimen medieval, con sus campesinos siervos. En todos estos casos las relaciones económicas eran claras y transparentes, en estado bruto por así decirlo. Pero el caso de la sociedad contemporánea es completamente diferente; ha destruido las viejas relaciones de la economía cerrada y los modos de trabajo del pasado. Las nuevas relaciones económicas unen entre sí las ciudades y las aldeas, las provincias y las naciones. La división del trabajo ha abarcado todo el planeta. Una vez rotas la tradición y la rutina, esos lazos no se han formado en virtud de un plan definido, sino más bien al margen de la conciencia y de la previsión del hombre. La interdependencia de los hombres, los grupos, las clases, las naciones, consecuencia de la división del trabajo, no está dirigida por nadie. Los hombres trabajan los unos para los otros sin conocerse entre sí, sin mirar por las necesidades de los demás, con la esperanza, e incluso con la seguridad de que sus relaciones se regularán por sí mismas de un modo u otro. Y eso es, en definitiva, lo que ocurre; o más bien, lo que antaño ocurría de manera habitual. Es completamente imposible buscar las causas de los fenómenos de la sociedad capitalista en la conciencia subjetiva, en las intenciones o planes de sus miembros. Los fenómenos objetivos del capitalismo han sido constatados antes de que la ciencia se haya aplicado a estudiarlos seriamente. Hasta hoy día la mayoría de los hombres nada saben acerca de las leyes que rigen la economía capitalista. La gran fuerza del método de Marx reside en abordar los fenómenos económicos no desde el punto de vista subjetivo de algunas personas, sino desde el punto de vista objetivo del desarrollo de la sociedad en su conjunto, exactamente del mismo modo que un hombre de ciencia que estudia la naturaleza se acerca a una colmena o a un hormiguero.” (León Trotsky, El marxismo y nuestra época, ‘El método de Marx’)

La instauración de su propio Estado por la burguesía le asegura ser la clase política dominante. Ya lo era en el plano económico, pero su dominio político permitirá la liberación de fuerzas productivas de la rémora de las relaciones feudales y el desarrollo de la economía capitalista. Desde ese punto de vista, la burguesía va a ser un factor de progreso y de desarrollo de la humanidad. Así, por vez primera en la historia de la humanidad, se creará un mercado mundial.

Al afirmarse, la burguesía creó su propia negación. Al desarrollar la industria, arrancó millones de hombres a los campos para concentrarlos en las ciudades y las fábricas. Al desarrollar la economía capitalista, creó y desarrolló el proletariado. Como dice el *Manifiesto*: *“La burguesía no sólo ha forjado las armas que la matarán; ha producido también los hombres que manejarán esas armas, los obreros modernos, los proletarios.”*

El objetivo del Estado burgués es precisamente proteger el régimen de la propiedad privada contra los proletarios. Contrariamente a lo que pretende la ideología dominante sobre el supuesto carácter neutral del Estado, es el Estado de la clase dominante, *“un órgano de dominación de clase, de opresión de una clase por otra”* (Lenin, *“El Estado y la revolución”*, Obras escogidas en 12 tomos, tomo VII, página 3).

La forma jurídica del Estado puede variar (así por ejemplo, en el siglo XVIII: república en Francia, monarquía en Gran Bretaña, imperio en Alemania), pero el contenido de clase del Estado permanece idéntico: dominación de la burguesía. Por lo que Engels explica que la república burguesa más democrática sigue siendo *“la dictadura de clase del capital”* puesto que, aunque sea democrático, el Estado defiende los intereses de la minoría capitalista. Lo que resulta mucho más claro cuando, en la segunda parte del siglo XIX, la exacerbación de la lucha de clases revela manifiestamente la función represiva del Estado burgués.

La aportación de Marx y Engels

Para concluir este primer folleto, nos gustaría subrayar brevemente algunos elementos más para ayudar a definir el marxismo, sobre los cuales insistiremos en los siguientes folletos: la fase alcanzada por el capitalismo, la necesidad de la revolución proletaria, la necesidad de la toma del poder político por el proletariado.

Analizando los mecanismos del capitalismo, Marx y Engels llegan a deducir sus tendencias fundamentales. Aunque la burguesía desempeñó un papel revolucionario desarrollando a la humanidad, en la última parte del siglo XIX empezó a perder esa capacidad.

Marx escribe: *“En una determinada fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de lo anterior, con las relaciones de propiedad en cuyo seno de habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, esas relaciones se convierten en obstáculos. Se abre entonces una época de revolución social.”* (Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*.)

El comienzo del movimiento del proletariado en la Revolución de 1848, de la que hemos hablado al comienzo de este estudio, no era aun más que una anticipación, una manifestación de un proceso en marcha. En esa época, el proletariado como clase no podía aún tomar el poder, la burguesía aún no había agotado todas sus tareas históricas (todavía tenía un papel progresista que cumplir). En los tiempos de Marx y Engels, la formación social que es el régimen capitalista todavía no había agotado todos sus recursos y aún no era un obstáculo absoluto al desarrollo de las fuerzas productivas.

Pero Engels, despejando la perspectiva histórica, señala: *“Las fuerzas productivas constituidas bajo la dirección de la burguesía se desarrollaron con velocidad hasta entonces inaudita, y a escala desconocida desde que el vapor y las nuevas máquinas-herramientas transformaron la vieja manufactura en gran industria. Pero del mismo modo que, en otro tiempo, la manufactura y la artesanía ulteriormente desarrollada bajo su influencia habían entrado en conflicto con las ataduras feudales de los gremios, así también la gran industria, una vez plenamente formada, entra en conflicto con los límites a los cuales la reduce el modo de producción capitalista. Las nuevas fuerzas productivas han rebasado ya la forma burguesa de su aprovechamiento; y este conflicto entre fuerzas productivas y modos de pro-*

ducción no es un conflicto nacido en la cabeza de los hombres, como el del pecado original humano con la justicia divina, sino que existe en los hechos, objetivamente, fuera de nosotros, independientemente de la voluntad y el hacer de los hombres mismos que lo han producido.” (F. Engels, Anti-Dühring, Editorial Grijalbo, México, 1964, pág. 265)

Ya que, subrayan Marx y Engels, a partir del momento en que las fuerzas productivas se asfixian en las relaciones de propiedad burguesas, la revolución proletaria está a la orden del día. El período que se abre tras la Revolución de 1848, aun cuando prosiga el ascenso capitalista, presenta ya los primeros signos de declive, que aparecen en una serie de contradicciones y se harán patentes con fuerza a finales del siglo XIX.

La lucha de clase del proletariado contra la burguesía pasa a una nueva etapa de su desarrollo.

Marx escribe:

“Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar:

- 1) que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción;*
- 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado;*
- 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases”.*

(Marx, *Carta a Joseph Weydemeyer* de 5 de marzo de 1852, *Marx y Engels, Obras escogidas* en 3 tomos, tomo I).

En conclusión

Como indicábamos al comienzo de este folleto, la burguesía, por boca de sus ideólogos, intenta permanentemente desacreditar el marxismo. Según ellos, habiendo escrito Marx hace más de siglo y medio, explicaría una realidad social completamente distinta de la del siglo XXI. Pero las leyes establecidas por Marx y Engels a finales del siglo XIX son las del capitalismo. Esas leyes siguen existiendo y existirán en tanto que subsista el capitalismo.

Por consiguiente, hoy como ayer el marxismo es un método y un instrumento de lucha para acabar con la dominación del capital –hoy agonizante, arrastrando a la humanidad a la catástrofe–, mediante el advenimiento del socialismo.

Marxismo no es idéntico a socialismo. El marxismo es un método, una guía para la acción de clase. El socialismo es un nuevo régimen social, como lo ha sido el capitalismo. Se puede hablar de sociedad socialista, pero no de sociedad marxista. El marxismo es un método. El socialismo un régimen social en evolución heredado del capitalismo que debe conducir al comunismo. En el plano político, corresponde al Estado obrero, una fase de transición hacia el comunismo, sociedad sin clases y sin estado.

El marxismo, como método de análisis válido del capital, es igualmente pertinente en la época del socialismo, de la fase transitoria que es el Estado obrero. Éste se constituye con los materiales del viejo mundo, las clases sociales no desaparecen como por arte de magia; su tarea es desarrollar las fuerzas productivas para liberar a la humanidad del reino de la necesidad y pasar al de la libertad. La experiencia de la URSS y su burocratización, el combate de Lenin y después de Trotsky contra esta degeneración, demuestran que el marxismo sigue siendo en cada etapa el método de análisis y de acción de los revolucionarios.

El hundimiento de la URSS, provocado por la burocracia estaliniana, no ha invalidado la perspectiva del socialismo, precisamente porque el marxismo permitió a León Trotsky explicar científicamente las causas de la degeneración de la URSS, que no deben buscarse en una incapacidad congénita del proletariado para asumir al poder político, sino en una serie de causas debidas al retraso de la revolución mundial, del que son enteramente responsables los jefes de la II Internacional y los de la burocracia estalinista.

Por ello el programa de la IV Internacional, fiel al método marxista, comienza con una primera afirmación: *“La situación política mundial del momento, se caracteriza, ante todo, por la crisis histórica de la dirección del proletariado”*, y precisa en su segundo párrafo: *“La premisa económica de la revolución proletaria ha llegado hace mucho tiempo al punto más alto que le sea dado alcanzar bajo el capitalismo. Las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer.”*. Herencia del Manifiesto del Partido Comunista y de todo el movimiento obrero revolucionario, el programa de la IV Internacional concluye que: *“la tarea estratégica de la IV Internacional no consiste en reformar el capitalismo, sino en acabar con él”*. (Programa de Transición: La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional, Madrid, Partido Obrero Socialista Internacionalista, 2002).

Para muchos ideólogos de izquierda y de extrema izquierda, también esto estaría anticuado. Trotsky escribió esto en 1938... ¡como si los setenta años transcurridos desde entonces no hubiesen confirmado **en los hechos** la actualidad del programa de la IV Internacional!

En el capítulo del Programa de Transición titulado “Contra el oportunismo y el revisionismo sin principios”, puede leerse:

“Las trágicas derrotas que el proletariado mundial viene sufriendo desde hace una larga serie de años han llevado a las organizaciones oficiales a un conservadurismo todavía más acentuado y, al mismo tiempo, a los ‘revolucionarios’ pequeño-burgueses decepcionados, a buscar ‘nuevos caminos’. Como siempre en las épocas de reacción y decadencia, por todas partes aparecen magos y charlatanes que quieren revisar todo el desenvolvimiento del pensamiento revolucionario. En lugar de aprender del pasado, lo ‘corrigen’.

Unos descubren la inconsistencia del marxismo, otros proclaman la quiebra del bolchevismo. Unos adjudican a la doctrina revolucionaria la responsabilidad de los crímenes y errores de quienes la traicionan. Otros maldicen a la medicina porque no asegura una curación inmediata y milagrosa. Los más audaces prometen descubrir una panacea y mientras tanto recomiendan que se detenga la lucha de clases. Numerosos profetas de la nueva moral se disponen a regenerar al movimiento obrero con ayuda de una homeopatía ética. La mayoría de estos apóstoles se han convertido en inválidos morales sin batalla. Así, con el ropaje de revelaciones deslumbradoras no se ofrecen al proletariado más que viejas recetas enterradas desde hace mucho tiempo en los archivos del socialismo anterior a Marx.” (Ibídem).

Bibliografía sumaria

Karl Marx y Friedrich Engels: Manifiesto del Partido Comunista.

Karl Marx: Trabajo asalariado y capital.

Friedrich Engels: Anti-Dühring.

Lenin: El Estado y la revolución.

León Trotsky: Programa de Transición, La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional.

Partido Obrero Socialista Internacionalista (POSI)
(sección española de la IV Internacional)

inforposi@gmail.com

<http://www.posicuarta.org>

Teléfono: 915222356 - Fax: 915217201

